

za: acuden presurosos los criados á desembarazarle de la capa, el santo varon les dá las gracias, y la cuega de un rayo de sol que penetraba al través de una ventana de la torre. (BOLAN., tomo II, pág. 202).

Tratar de desarrollar metódicamente el cuadro de costumbres de aquella época, sería acometer imposibles y no pintar con exactitud su original confusión. Preciso es, pues, trazarlas en el mismo desconcierto en que tuvieron lugar convergiendo á un centro común y en un mismo momento: no había unidad sino en el movimiento general que impelia á la sociedad hácia un adelanto lejano en virtud de la ley natural de la existencia humana.

Por una parte campeaba la caballería y por otra la sublevación de las masas rústicas, todos los desarreglos de la vida del clero y todo el ardor de la fé figuraban simultáneamente. Los galos y las galas, especie de maniáticos que se titulaban *penitentes de amos*, se vestían de pieles durante el estío, y se arribaban al calor de grandes hogueras, haciendo precisamente lo contrario al llegar los frios del invierno, pues no se resguardaban de ellos sino cubriéndose con un vestido ligero y poniendo en sus chimeneas manojos de yerba verde en lugar de fuego. «Muchos de ellos quedaron enteramente arrecidos de frio al lado de sus amigas, »contándoles y oyendo contar á ellas historietas de sus amores (1)» En la época de los *vandenses* de Arras, se retiraban hombres y mujeres al fondo de los bosques y allí después de consumadas ciertas supersticiones se entregaban á una prostitución general. Los llamados *turlupinos* practicaron los mismos excesos.

Ciertos frailes desarreglados quisieron vengarse de un obispo reformador que acababa de morir: sacaron del féretro durante la noche el cadáver del prelado, desnudáronlo del sudario y lo azotaron, sin incurrir en mas pena, por semejante atentado, que en una multa anual de 40 sueldos. Los franciscanos habían renunciado á toda propiedad: ¿era propiedad el pan que diariamente comían? Si lo es, decían los frailes de otra orden; luego el franciscano que come infringe su regla; luego está en pecado mortal, por solo la circunstancia de vivir, pues para vivir es preciso comer. El emperador y los gibelinos se declararon en favor de los franciscanos, y el papa y los güelfos contra ellos. Esta cuestión dió lugar á una guerra de cien años, y el conde de Mans, que posteriormente fue conocido por el nombre de Felipe de Valois pasó los Alpes para defender la Iglesia contra los Vizconti y los franciscanos.

Iban de un extremo del mundo al otro y en el Norte de Francia apenas se podía ir de un monasterio á otro por los grandes peligros que presentaba la corta travesía de unas cuantas leguas. Ciertos frailes llamados *girógavos* ó errantes iban á pie ó montados en alguna pequeña mula predicando por todas partes contra los escándalos; dando lugar á que algunos fuesen quemados por los pontífices, cuyos desórdenes se atrevían á reprender, ó ahogados por mandado de algún príncipe, contra cuya tiranía habían hecho tronar su poderosa voz. Había nobles que puestos en emboscada sobre los caminos reales, robaban á los pasajeros, en tanto que otros de su gerarquía se apoderaban denodadamente en Grecia, en Dalmacia y en España, de inmortales ciudades, cuya historia ni siquiera les era conocida. Había tribunales de amor en donde se discutían asuntos de ridícula frivolidad con todo el rigor de las reglas del escotismo, y en los cuales había canónigos que figuraban como jueces. Trovadores y juglares vagando de castillo en castillo, desgarrando la reputación de los hombres por medio de sátiras, y enalteciendo la belleza de las damas con sus baladas; ciudadanos reunidos en corporaciones celebrando

(1) LATOUR, hist. del Poitu; SANTA-PELAYA. Mem. sobre la antig. cab. part. V. pág. 387 en las notas.

fiestas patronales en que los santos del paraíso figuraban confusamente con las divinidades mitológicas; representaciones teatrales; fiestas tituladas de locos y de cornudos, misas sacrilegas; comidas hechas sobre los altares; el *ite missa* contestado por parte del pueblo imitando tres veces el rebuzno de un asno: barones y caballeros comprometiéndose en medio de misteriosos banquetes á hacer la guerra á un país, y haciendo ridículo voto en nombre de un pavo real ó de un alcon de llevar á cabo algún hecho de armas en obsequio de sus amigas; judíos degollados ó degollándose mutuamente y conspirando con los leprosos para envenenar los pozos y las fuentes; tribunales de toda especie condenando en virtud de toda clase de leyes á todo género de suplicios indistintamente á toda persona desde el hereje desollado y quemado en vida hasta los adúlteros, atados uno al otro y paseados en cueros entre el populacho; el juez prevericador sustituyendo al homicida rico sentenciado con algún preso inocente; legistas dando principio á la magistratura, que andando el tiempo había de recordar en medio de un pueblo frívolo y ligero la gravedad del Senado Romano. Tal es el inmenso cuadro al que para última confusión, para último contraste se le debe añadir la antigua sociedad civilizada á la manera de los siglos anteriores, perpetuándose en los conventos; las universidades haciendo renacer las disputas filosóficas de la Grecia y el tumulto de las escuelas de Atenas y Alejandría, mezclándose con el estrépito de los torneos y de los pasos de armas. Póngase, por último sobre esa sociedad tan agitada otro principio de movimiento, una tumba, objeto de toda ternura, de todo sentimiento y de toda esperanza, que continuamente estaba atrayendo desde el otro lado de los mares á los reyes, á los vasallos, á los valientes y á los culpables; á los primeros para buscar enemigos, aventuras y reinos, y á los segundos para cumplir votos, expiar crímenes y amortiguar remordimientos.

El Oriente á pesar del mal resultado de las Cruzadas, siguió siendo durante mucho tiempo el país de la religión y de la gloria para los franceses. Sin cesar estaban éstos dirigiendo su vista hácia aquel cielo hermoso, hácia aquellas palmeras de Idumea, hácia aquellas llanuras de Rama, donde los infieles descendían á la sombra de los olivos plantados por Balduino; tenían siempre fijos en su memoria aquellos campos de Ascalon, que aun conservaban las huellas de Godofredo de Bouillon y de Tancredo, de Felipe Augusto y de Coucy, de San Luis y de Sargine: no les era posible olvidarse de aquella Jerusalén libertada por un momento, sumida de nuevo en triste esclavitud, que se presentaba á la imaginación de los franceses en el doloroso estado que la vió Jeremías, siendo objeto de befa de cuantos pasaban á su lado, anegada en llanto, privada de sus hijos y sentada en solitario apartamiento.

Tales fueron aquellos siglos de imaginación y de vigor que marchaban con todo ese séquito, desarrollándose en medio de los mas variados sucesos históricos, de herejías, de cismas, de guerras feudales, civiles y extranjeras; aquellos siglos doblemente favorables al ingenio, bien por la soledad con que los claustros brindaban al estudio, ó bien por la rareza y diversidad de los sucesos con que el mundo coronaba á quien prefería estudiar en el gran libro de la sociedad. No había un solo punto en el reino donde incessantemente no estuviera ocurriendo alguna novedad: cada señorío civil ó eclesiástico era un pequeño Estado que giraba, gravitaba en su órbita y tenía sus faces propias: á diez leguas de distancia de un punto se notaba una completa variación de costumbres. Este orden de cosas, estremadamente dañoso á la civilización general, imprimió extraordinario impulso al espíritu particular y así es que todos los grandes descubrimientos datan de aquellos siglos. Jamás ha te-

nido tanta expansión la vida del individuo; el rey no pensaba mas que en dilatar las fronteras de su reino, el señor en apoderarse del feudo de un vecino; el ciudadano en aumentar sus privilegios, y el mercader en nuevos caminos para estender su comercio. En ningún ramo había que buscar profundidad de conocimientos; pero nada se había aun gastado y en todo había fé, pudiendo decirse que aquellas generaciones se mantuvieron al borde de todas las esperanzas, así como un viajero que sentado en la cima de un monte

espera la salida del día, cuyos crepúsculos empieza á divisar en el Oriente. Hacíanse investigaciones lo mismo sobre lo pasado que sobre lo porvenir, y se caminaba rápidamente hácia destinos ignorados, cuya existencia adivinaba el instinto, así como en la juventud se forma una idea de lo restante de la vida. La infancia de aquellos siglos fue bárbara, su virilidad estuvo llena de pasión y de energía, y al morir legaron á las edades civilizadas el tesoro que habían llevado en su fecundo seno.

HISTORIA DE FRANCIA.

FELIPE VI LLAMADO DE VALOIS.

(Desde el 1328 al 1350.)

Hasta el reinado de Felipe de Valois nada de antipático ni violento se había revelado en las contiendas que habían ocurrido entre Francia y la Inglaterra; pero desde aquel momento se convirtieron en una rivalidad nacional que casi llegó á dividir el mundo. Comenzaron las hostilidades sobre la tierra firme y se perpetuaron por espacio de dos siglos para prolongarse luego sobre los mares; faltó tierra en que disputar á los ingleses, pero no les faltó animosidad y prosiguieron estrellándose con las olas del Océano contra aquellas playas, de donde los franceses habían conseguido espulsarlos.

Separáronse ambas naciones sin esperanza de volver á unirse; desgarraron absolutamente todos los vínculos de parentesco y de familia; la Inglaterra dejó de ser normanda. Eduardo III desterró de los tribunales de su monarquía el idioma francés; el idioma despreciado de los sajones vencidos fue adoptado por los vencedores impulsados de animosidad hácia su antigua patria. Desarrollóse el carácter mercantil de los isleños; sus lanas se convirtieron en tesoros en los mercados de Flandes, y la casta de sus rebaños se mejoró con las razas que el duque de Lancaster sacó de España y Portugal, contribuyendo eficazmente la abundancia de aquellos al alimento material del ejército que Eduardo III puso en campaña contra la Francia. Afortunadamente esta última nación no es mercancia de aquellas que puedan trocarse por un saco de lana y á todos los tratados de partición de la monarquía de San Luis, que el monarca inglés hizo con su compadre Artavelle, el cervicero, no faltó nada mas que la firma de Duguesclin.

El mal que hace un injusto enemigo, redundaba en provecho de la nación oprimida en virtud de una magnífica ley de la Providencia; los primeros síntomas de emancipación nacional se manifestaron en los estados reunidos en París durante el cautiverio del rey Juan, las *Grandes compañías* y la *Jaquería* fueron calamidades que á pesar de esa circunstancia contribuyeron á dar fuerza al derecho. Donde quiera que los hombres se apoderan de la independencia natural, al volver esta á someterse al freno de la ley hace dar un paso hácia la libertad política. Una vez que el pensamiento á conseguido romper sus trabas aunque no sea mas que por un momento, conserva el recuerdo de su libertad; no hay poder que destruya las ideas que han llegado á desarrollarse; en vano sería pretender abrumarlas con cadenas, pues por último, gastarían los hierros de su prisión y estallarían tal vez con mayor violencia.

A medida que la libertad como iba tomando in-

cremento, crecía también el poder regulador. La justicia real penetraba en las justicias particulares; púsose coto á las usurpaciones de la ley eclesiástica y no tuvo mas remedio que sujetarse á la apelación como de abuso. La guerra nacional dando lugar á la formación de ejércitos numerosos dió fin á las guerras particulares: finalmente, casi podría decirse que la pólvora al cambiar la naturaleza de las armas voló el antiguo edificio del feudalismo.

Mas todos esos progresos de la civilización, todas esas revoluciones en los ánimos, en las costumbres y en las leyes no se consumaron sino paulatinamente y entre el tumulto de todos los desastres. Preciso fue que los franceses aprendieran á dar libertad á su patria recibiendo anticipadamente las tres lecciones de Crecy de Poitiers y de Azincourt. El reinado de Felipe VI, llamado de Valois, abre esas escenas de la historia francesa.

SUMARIO.

La viuda de Carlos el Hermoso da á luz una hija.—Una asamblea de prelados y de próceres de la corona á Felipe de Valois.—Examen de las pretensiones de Eduardo III á la corona de Francia.—Primeros actos de la administración de Felipe.—Investigaciones sobre los financieros.—Juana de Francia que se había casado con Felipe, conde de Evreux es proclamada reina de Navarra.—Dánse á Felipe la Champagne y la Brie en cambio de los condados de Angulema y de Mortain, con dos rentas asignadas sobre el real tesoro y el patrimonio de la corona.—Consagración del rey.—Dásele á Felipe el sobrenombre de *Afortunado*.—Luis, conde de Flandes, viene á tributar homenaje á Felipe, é implora su socorro contra los pueblos sublevados de aquel país.—Guerra de Flandes.—Toma Felipe el oriflama en San Dionisio.—Colores nacionales, que no han sido siempre los mismos; su historia.—Victoria de Cassel.—Intimasele á Eduardo tribute homenaje á Felipe como duque de Guyena y conde de Ponthieu.—Pasa á Amiens y lo tributa solemnemente.—Conflicto entre las jurisdicciones seculares y eclesiásticas.—Discurso de Pedro de Cugnieres.—Eduardo confirma el homenaje tributado al rey en Amiens.—Proyecto de Cruzada.—El papa piensa en pasar á Italia.—La residencia de la Santa Sede en Aviñon era un bien para la Francia y un mal para la cristiandad.—El duque de Normandía, hijo del rey, se casa con Bona de Luxemburgo, hija de Juan, rey de Bohemia.—Desvanécese el proyecto de Cruzada.—Historia del proceso de Roberto de Artois, tercero de este nombre, y de su tía la condesa de Artois.—Convencido Roberto de haberse servido de títulos falsos, se retira cerca del duque de Brabante.—Rehusa comparecer ante un tribunal.—El Parlamento le condena á muerte, y el rey se lo conmuta en destierro perpetuo.—Roberto disfrazado de comerciante huye á Inglaterra.—David Bruce, rey de Escocia, busca un asilo al lado de Felipe.—Sublevaciones de Flandes.—Santiago de Artavelle.—Eduardo que buscaba agravios y pretestos para declarar la guerra á Felipe, intriga con Artavelle.—Ambos monarcas buscan aliados.—Voto de la garza real.

FRAGMENTOS.

VOTO DE LA GARZA REAL.

Tiempo hacia que Eduardo alimentaba en secreto el deseo de atacar á la Francia; pero la magnitud de la empresa por una parte y los desórdenes interiores de su país por otra, enfrenaban aquel propósito. Tal vez nunca se habría decidido á empuñar las armas sino le hubieran incitado las solicitudes de Roberto de Artois, que haciendo ya dos años que se hallaba emigrado en Inglaterra, no cesaba de inflamar el corazón del ambicioso Eduardo con toda la animosidad de que el suyo se hallaba poseído. El desterrado se valió finalmente para persuadir á Eduardo de un medio extraordinario.

Tan íntimamente enlazados se presentan la novela y la historia en este período de la historia de Francia que cuesta sumo trabajo el deslindarlos. Presentáronse algunos nobles jóvenes ingleses en la corte del conde de Hainaut con un ojo vendado diciendo haber hecho voto entre algunas damas en su país de no volver á mirar con aquel ojo hasta que les fuese dado llevar á cabo personalmente algunas proezas en Francia. El señor Gauthier de Mauny había dicho á varios de sus mas íntimos, que había prometido en Inglaterra delante de señoras y caballeros, ser el primero que entrara en Francia, se apoderara de algun castillo ó fortaleza y consumara algunos hechos de armas. Con frecuencia ocurría que los barones y caballeros juraban por un santo ó por una dama al pie del muro de una fortaleza enemiga, apoderarse de ella en un número determinado de días, aun cuando aquel juramento debiera ser funesto á ellos ó á su patria. Esos hechos referidos por todas las crónicas en nada se diferencian de lo que se lee en las novelas, y recuerdan los juramentos que hacían los bárbaros del Norte, condenándose á llevar la barba larga ó un anillo de hierro hasta dar muerte á un romano. Las contiendas entre la Inglaterra y la Francia en el siglo XIV reanimaron el espíritu caballeresco; ambas naciones descendieron entonces al palenque, del cual no han vuelto á salir aun. Como las imaginaciones estaban llenas de cantos de trovadores, y de aventuras y de cruzadas, las costumbres se empaparon en ese colorido y lo reflejaron. Por todas partes se echaba de ver con la caballería histórica la imitación de la caballería novelesca, á la cual el género de vida de los castillos, las cacerías, los torneos, las creencias religiosas y las empresas de amor eran estremadamente favorables. Hay en las costumbres de aquella época algo de cierto y de falso, de natural y artificial que el historiador debe tener cuidado de que no pase desapercibido.

Sainte-Pelaye considera, pues, el voto de la garza real como un suceso positivo puesto en verso; cantábase aun hechos históricos como en la antigua Grecia: todavía se conservan el *Combate de los Treinta* y la primera *historia de Duguesclin* puestos en verso. Al principiar el otoño del año 1338, y cuando (repetiendo los términos del poeta histórico) *el verano va declinando y el ave ha perdido la voz; cuando las viñas se secan, las rosas se agostan, los árboles se desprenden de su follaje, y los caminos se cubren de hojas secas, Eduardo se hallaba en su palacio de Londres rodeado de duques, condes, pajes, damas y jóvenes de ambos sexos: estaba con la frente inclinada y ocupado en pensamientos de amores.* Roberto de Artois, refugiado en Inglaterra había ido á caza porque no podía olvidarse del muy hermoso país de Francia, de donde se veía desterrado. Roberto llevaba un alcon que él mismo había adiestrado y tanto y tanto lo hizo volar por las márgenes del río que cogió una garza real. Volvió á Londres, mandó asar la garza; la puso entre dos fuentes de plata y se introdujo en el festín del rey acompañado de dos tocadores

de laud, un maestro de guitarra y de dos doncellas, ambas hijas de marqueses, que iban cantando acompañadas de los instrumentos. Roberto gritó: *Abrid fijas, dejad pasar los valientes que el amor ha sorprendido: hé aquí manjar á propósito para los valientes; para los que están sometidos á enamoradas señoras de rostro tan peregrino...* La garza es el mas cobarde de los animales; se asusta hasta de su misma sombra. Al que sea el mas cobarde de nosotros dará la garza. En mi concepto quien mas la merece es Eduardo, desheredado del noble reino de Francia, á pesar de ser su heredero legítimo; pero le ha faltado corazón y por tal cobardía tendrá que morir privado de su reino. Eduardo se enrojeció de cólera y á su despecho sintió que el corazón se le estremecía; juró pues, en nombre del Dios del cielo y por su dulce madre desafiar antes de seis meses al rey de San Dionisio (Felipe).

Roberto lanzó una carcajada y dijo en su interior: *Ya he conseguido mi deseo: mi garza va á ser causa de que se encienda una gran guerra.*

Volvió á coger las dos fuentes de plata y atravesó la sala del banquete seguido de su acompañamiento que iba cantando. *«Al bosque me voy que amor me lo manda.»* Roberto presentó la garza al conde de Salisbury que estaba sentado junto á su amiga que era gentil, donosa y de bello aspecto, hija del conde Derby y lealmente amada por Salisbury. Roberto suplicó al conde de Salisbury jurara por la garza; Salisbury contestó: *«¿Me será dado cumplir perfectamente con un voto? Sirvo á la mas hermosa dama que existe bajo el firmamento, pues si la virgen Maria se hallara aquí presente, no sabría yo, dejando á parte su divinidad, distinguirla de la que adoro. He declarado mi amor á esta dama, pero ella se resiste, no quitándome, sin embargo, una dulce esperanza para el porvenir. Ahora le suplico que se sirva prestarme un dedo de su mano y lo ponga sobre mi ojo derecho.»* Con mucho gusto prestaré aunque sean dos, contestó la señora.—Y le cerró el ojo derecho con dos dedos.—*«¿Está bien cerrado, hermosa señora? preguntó el caballero con mucha galantería.—Lo está perfectamente, contestó la noble dama.—Pues ahora, exclamó con la boca y el corazón el conde, ahora voto y prometo á Dios omnipotente y á su dulce madre, toda resplandeciente de hermosura, que este ojo no volverá abrirse ni por trascurso de tiempo, ni por dolores, ni por martirios, hasta que haya pisado el suelo de Francia y peleado contra las fuerzas de Felipe en defensa de Eduardo. Y ahora venga lo que Dios quiera... En virtud de este voto el conde permaneció con el ojo cerrado durante la guerra.»*

SUMARIO.

Manifiesta Eduardo que declara la guerra para hacer que se le devuelvan las tierras que en otro tiempo le quitaron en la Guyena.—Felipe envía á esta guerra las fuerzas que estaban destinadas para una Cruzada.—Primeras hostilidades de una guerra que había de durar ciento veinte y seis años.—Treguas.—Eduardo impelido por Artavelle se embarca en Douvres y llega á Auvers, donde estaban reunidos los príncipes de su confederación.—Compra á Luis de Baviera el título de vicario del imperio.—Solemne declaración de guerra.—Hechos de Gauthier de Manny.—Invasión de Picardía.—Encuéntranse ambos ejércitos en Vironforse y se separan sin combatir.—El caballero de Lievre.—Artavelle apremia al rey de Inglaterra á que tome el título de monarca de Francia para absolver á los flamencos de la fé prestada.—Segunda campaña en la Guyena y en el Hainaut.—Combate naval de Seluse.—Queda la escuadra francesa destrogada.

FRAGMENTOS.

PÉRDIDA DE LOS FRANCESES EN LA BATALLA NAVAL DE SELUSE.—GONDEMARO DE FAY.—CAUSAS DE LOS ERRORES COMETIDOS EN ESAS GUERRAS DEL SIGLO XIV.

Calculóse en treinta mil marineros y soldados la

pérdida sufrida por la Francia en la batalla naval de Seluse: solo diez mil genoveses pidieron y conservaron la vida. ¡Cuánta sangre se ha derramado sobre las olas desde aquella batalla, que pareció ser un anuncio del porvenir, dada en la embocadura del Meuse hasta la que se dió cerca de las corrientes del Nilo! El árabe en medio de sus arenales y el flamenco desde el borde de sus pantanos, han presenciado los primeros y últimos desastres de la Francia: sus marineros han sido devorados por torbellinos de fuego ó han sido sepultados en el fondo del abismo. No siempre el carácter de los pueblos guarda analogía con el territorio ó con su posición geográfica: la Francia, aunque rodeada de dos mares, nunca ha sabido sostener por largo tiempo su imperio en ellos. Roma, también hija del mar, no debió tampoco sus glorias á Neptuno. No ha tenido la Francia escuadras verdaderamente respetables, sino muy raras veces y por pocos momentos, como en tiempo de Carlomagno, Luis XIV y Luis XVI. Vencedores en los combates particulares, donde los marineros franceses se baten como en un lance de honor, sucumben en las acciones generales, donde mas que todo es preciso obediencia y disciplina: ese espíritu de insubordinación y de rivalidad que al parecer es inherente al pabellón francés, estalló desde el primer combate naval entre los almirantes que tenían á su cargo el oponerse al paso de Eduardo. Nunca ó casi nunca han participado los franceses de esos grandes descubrimientos que han cambiado la faz del globo y las relaciones de los pueblos. En sus colonias se han convertido en cadáveres, aventureros y plantadores, pero nunca en marinos. Nunca han comparecido sobre las olas sino como caballeros para conquistar la Inglaterra y la Palestina; dar un rey á Londres ó á Jerusalem, un emperador á Constantinopla, un duque á Atenas, y un príncipe á esa Atenas que la Francia en su último triunfo marítimo debía libertar en Navarino. Si el Mediterráneo es según parece mas favorable á la Francia que el Océano, tal vez consistirá en que ese mar que baña inmortales riberas paga tributo á esa nación en recuerdo de su gloria.

Nadie se había atrevido, por de pronto, dar á Felipe la funesta noticia de la destrucción de su escuadra: solo pudo saberlo por uno de aquellos miserables que en aquel tiempo representaban al pie del trono la libertad bajo el disfraz del esclavo, á quienes era lícito hablar de todo porque eran capaces de sufrir todo, y que podían librarse del desprecio por medio de la insolencia: en una palabra, el loco ó el bufón del rey fue el que se atrevió á darle noticia de la muerte de treinta mil franceses.

Felipe no se arrebató contra la memoria de tan leales vasallos, y dejando resignadamente su vida entre las manos de Dios, no pensó mas que poner su reino en buen estado de defensa.

Calculó que Eduardo atacaría á Tournay. Esta plaza tenía por gobernador á Gondemaro de Fay, escudero de Touroairis, ó noble de Borgoña, nombrado por Felipe capitán soberano y regente de Donai, Lila Tournay y sus dependencias. Era este gobernador un oficial bizarro y lleno de experiencia que en aquella ocasión salvó la patria para perderla luego en el paso de Blanche Taque, sea porque la fidelidad y el honor hubiesen desgraciadamente llegado á su término, sea porque el talento pueda también gastarse, ó sea porque los héroes, cuando no mueren en el día de su mayor gloria, se convierten, por último, en hombres adocenados y semejantes á la multitud. Felipe reforzó la guarnición de Tournay, enviando á esa plaza la flor de la caballería, y reunió personalmente bajo los muros de Arras un brillante ejército que dió lugar á muchas aventuras y combates parciales. Ocurrían en esos encuentros equivocaciones deplorables entre combatientes, cuyas familias tenían ramificaciones

establecidas en Francia, en la Gran Bretaña y en los Países Bajos: de manera que todos aquellos enemigos eran franceses. Los ingleses del siglo XIV hablaban el mismo idioma, y profesaban la misma religion que la Francia: aun no estaban tan distantes de la época de la conquista para que su origen se les hubiera borrado de la memoria: aun se gloriaban de ser normandos, y de encontrar íntimas relaciones de parentesco sobre el suelo de Francia. Las provincias que la corona de Eduardo (hijo de una francesa) poseía en Guyena y en Picardía acababan de redoblar esos vínculos entre ambos pueblos: la animosidad que contra la Francia han manifestado sus vecinos isleños, no estalló hasta que se desarrollaron aquellas guerras que con toda exactitud pueden ser llamadas guerras civiles.

SUMARIO.

Cartel de desafío enviado por Eduardo á Felipe de Valois, fechado el año primero de nuestro reinado de Francia.—Felipe lo rehusa por escrito como rey, y lo acepta verbalmente como caballero.—Juana de Valois, hermana del rey, negocia una tregua que dura dos años.—Asuntos de Bretaña.—Historia de esta provincia.—El conde de Montfort hace homenaje del ducado de Bretaña á Eduardo.—La cámara de los Pares adjudica ese ducado á Carlos de Blois.

FRAGMENTOS.

GUERRA DE BRETAÑA.—LOS BRETONES.

La ejecución de ese decreto involucró todo el reino en los destinos de una sola de sus provincias, abrió la Francia á los ingleses y les dió un salvador en la persona de Duguesclin.

La Bretaña que hasta entonces había apenas figurado en la historia francesa, constituía en la estremidad occidental de la Francia un Estado diferente del resto del reino, por el genio, costumbres é idioma de una parte de sus habitantes. Esta larga casi isla de aspecto salvaje, tiene realmente algo de particular: cruzan por sus estrechos valles, rios no navegables bañando el pie de castillos feudales arruinados, antiguos conventos y chozas cubiertas de paja donde pastores y rebaños viven hacinados confusamente. Esos valles están separados entre sí por bosques de aceban tan grandes como encinas, ó por carrascales sembrados de piedras drúidicas sobre las cuales revolotean las aves marítimas, y á cuya sombra pacen débiles vacas y pequeñas ovejas. Un viajero puede hacer á pie varias jornadas sin ver nada mas que arenales, campos áridos y las olas del mar convertidas en blanca espuma al chocar con una multitud de escollos: region solitaria, triste, borrascosa, envuelta en nieblas, cubierta de nubes donde nunca ha callado el rugido de los vientos y de las olas.

Preciso es que ese país y sus habitantes hayan afectado en todos tiempos la imaginación de los hombres. Los griegos y los romanos supusieron que en él se conservaban los últimos restos del culto de los druidas, la isla de Sayne y sus vírgenes, la barca que pasaba á Albion el alma de los muertos entre las tempestades y los torbellinos de fuego: los francos creyeron encontrar en sus áridas soledades á Murman y á Voldan guardando sus fronteras; y por último, los novelistas de la Edad Media lo convirtieron en país de las aventuras y en patria de Artus, de Iseult, el de las blancas manos, y de Tristan, el leonés. Entre los brezos y en los valles de Bretaña encuentra el viajero algunos labradores vestidos de pieles de cabra, con los cabellos sueltos y erizados: tal vez verá bailar al son de la gaita, al pie de una cruz, otros labradores vestidos poco mas ó menos como los antiguos galos, con el sayo, la casaca abigarrada, las anchas bragas (*braces*), y hablando todavía la lengua céltica.

Los bretones con su imaginación viva, y sin em-

bargo melancólica, tan propensos á la ligereza como obstinados en su carácter, se distinguen por su valor, franqueza, lealtad, espíritu de independencia, afecto á la religión y amor á su país. Altivos y susceptibles, sin ambición, y con pocas tendencias á ser cortesanos, no se afanan por conseguir altos puestos ni honores. Aman la gloria con tal que en nada perjudique á la sencillez de sus costumbres; ni la solicitan sino en tanto que se acomode á vivir con ellos en su propio hogar como un huésped oscuro y complaciente, que participa de los gustos de la familia. Algunos hijos de la Bretaña han brillado en las letras por su instrucción, viveza, originalidad, gracia y finura, como lo acreditan Harduin, Sévigné, Sainte Foix y Duclos. Breton Le-Sage, fue también el mas insigne pintor de costumbres despues de Molière: en la actualidad se honran con Lamennais; en las ciencias reclaman por hijo á Descartes; en las armas sus guerreros tienen algo que á primer golpe de vista los distingue de los demás: durante el reinado de Carlos V, Duguesclin y sus compañeros Clisson, Beaumanoir y Tinteniac; en tiempo de Carlos VII, Caigneguy-Duchastel; durante el reinado de Enrique III, Lanone tan respetado de los de la Liga como de los hugonotes: bajo Luis XIV, Duguay Troum; bajo Luis XVI, Lamotte-Piquet y du-Coëdic; y finalmente, durante la revolución Charete, d'Elbèe, La Rochejaquelein y Moreau son guerreros que presentan rasgos de semejanza, y que por un género de ilustración nada comun merecieron tal vez ser mas apreciados del enemigo, que admirados de su patria.

SUMARIO.

Toma de Rennes por Carlos de Blois.

FRAGMENTOS.

SITIO DE HENNEBON.—JUANA, CONDESA DE MONTFORT.
—AVENTURA DE GAUTHIER DE MAUNY Y DON LUIS DE LA CERDA.

Carlos de Blois, creyendo terminar prontamente la guerra despues de la rendición de Rennes, atacó á Hennebon, plaza la mas importante de la Bretaña, y á donde Juana, como ya queda dicho, se habia retirado. Los sitiadores repetian con viveza los ataques, y la condesa de Montfort, armada de pies á cabeza, andaba á caballo de un puesto á otro dentro de la plaza infundiendo ánimo, rogando, acariciando á los defensores, y mandando á las mujeres desempedrar las calles y subir las piedras á las almenas para tirarlas con pucheros de cal viva sobre el enemigo. Sin embargo, éste se resuelve á dar el asalto: Guillermo Candonal, que despues de la toma de Rennes se habia refugiado en Hennebon, lbes de Vrenguidí, el señor de Landremans y el de Guingamp, y los dos hermanos de Guerich, Enrique y Oliverio de Spinefort, sostienen los esfuerzos de los sitiadores. La condesa sube á lo alto de una torre para presenciar el combate y acudir á donde convenga, y ve que el campamento de Carlos está enteramente abandonado, pues todos en general han tomado parte en el asalto. La animosa señora baja precipitadamente de la torre, monta en su corcel, sale al campo por una mina, cuya boca está distante como unas trescientas lanzas, y prende fuego á la tienda de campaña de los enemigos, que al ver alzarse torbellinos de llamas y de humo, abandonaron el asalto y corrieron presurosos á apagarlas. La nueva Clorinda, despues de consumado este brillante hecho, trata de regresar á la plaza, y al ver que ya está cerrado el paso, lanza su corcel por el camino de Aurai, llevando en la mano la espada y la tea, instrumentos de su victoria. Un caballero español, don Luis de la Cerda la persigue sin poderla alcanzar. Habiendo por último la condesa podido recogerse en Aurai, reunió quinientos ó seiscientos aventureros dispues-

tos á seguirla: ya la creían perdida en Hennebon, cuando al amanecer del dia quinto la vieron otra vez bajo los muros de la ciudad. Llama al frente de su nuevo escuadrón en una de las puertas de la muralla, y entra batiendo marcha y con banderas desplegadas. No fue poca la admiración que causó en los sitiadores tan intrépida decisión.

Carlos de Blois dividió su ejército en dos partes y marchó con el duque de Borbon, y Roberto Bertrand, mariscal de Francia, á poner sitio á Aurai dejando á don Luis de la Cerda con el vizconde de Rohan delante de Hennebon.

Era este don Luis, un bizarro español, que combatió por la Francia en mar y en tierra, y en aquella ocasión hizo venir doce máquinas de guerra y con ellas principió á batir los muros del castillo. Asustáronse los habitantes y los soldados que guarnecían la plaza, y principiaron á pedir capitulación. Hallábase dentro de la ciudad el obispo de Leon, y este tuvo una conferencia con su sobrino Enrique de Leon, que despues de haber hecho traición á Montfort servia en el ejército del conde de Blois: de esta conferencia resultó que convinieron en la rendición de la plaza. En vano la condesa de Montfort conjuraba á sus amigos suplicándoles que esperaran, y prometiéndoles que antes de tres dias recibirían socorros de Inglaterra, alentándoles con esta esperanza que ella misma estaba muy lejos de tener. Terrible fue la noche que pasó aquella valerosa señora viendo frustrado el premio de su valor y de sus sacrificios, á su marido prisionero, á su hijo errante y fugitivo, y viéndose ella misma entregada á su enemigo, y recibiendo tal vez ignominiosos hierros de manos de aquel á quien habia disputado la soberanía de Bretaña. Al dia siguiente, el obispo de Leon avisó á su sobrino Enrique que fuera aproximándose hácia las puertas de la ciudad. Ya avanzaba en efecto, á tomar posesión de ella en nombre de Carlos de Blois, cuando la condesa, cuya vista estaba continuamente fija sobre el mar al través de una ventana del castillo, gritó transportada de alegría: «¡Eh, aquí el socorro! ¡el socorro!» Al oír este grito repetido por dos veces suben á las almenas, á los torreones, á los campanarios y ven que el mar está cubierto de una multitud de grandes y pequeños barcos que á toda vela van entrando en el puerto. Al ver ese milagroso socorro queda la multitud de espectadores sumida en profundo silencio; pero luego dispada la admiración, resuena por todas partes un grito general de alegría. Quedó anulado el convenio en el momento casi de sancionarse, y solo el obispo de Leon se retiró al campamento de Carlos de Blois, á tiempo que Mauny iba desembarcando su ejército.

La condesa mandó adornar los salones de su palacio y se dispuso á obsequiar cual convenia á sus nuevos huéspedes: «salí á recibirlos en la playa y besó á Gauthier y á sus compañeros unos despues de otros, dos ó tres veces como intrépida dama.» Sin embargo, don Luis de la Cerda no dió por concluido el asunto, antes por el contrario, mandó redoblar los ataques, y aquella misma noche batió los muros de la fortaleza con rudos golpes, en tanto que dentro de su recinto no se oían mas que los concertados rumores de la fiesta. Al dia siguiente Mauny hizo una salida, desbarató las máquinas é incendió parte del campamento francés. Al ver que el ejército enemigo se iba reponiendo para rechazar á los expedicionarios, Mauny exclamó: «Que nunca llegue yo á ser besado de dama, ni de tierra querida, si vuelvo á entrar en ninguna castillo de fortaleza, sin haber antes derribado á un enemigo de esos que avanzan contra nosotros.» Embrazando su escudo dichas estas palabras, se precipitó espada en mano contra los soldados de don Luis de la Cerda, y despues de haber hecho morder la tierra á muchos, y haber cumplido su voto como buen caballero, volvió á la plaza.

Dusesperando la Cerda de poder hacerse dueño de Hennebon levantó el sitio, se reunió con Carlos de Blois delante de Aurai, y en seguida se apoderó de Dinan y de Guerande. Despues de haber saqueado esta última ciudad se embarcó en unos buques mercantes que estaban anclados en aquel puerto, y taló las costas de la Baja-Bretaña. Habiendo desembarcado cerca de Quimperlé avanzó hácia el interior del país. Mauny dividió su ejército en tres columnas y trató de salir al encuentro, pero conociendo don Luis la inferioridad numérica de sus fuerzas se retiró otra vez hácia la costa arrollando por de pronto la primera columna de los ingleses, hasta que viéndose cargado por las otras dos y por una multitud de paisanaje del país, y habiendo recibido una herida tuvo que abandonar el campo con la pérdida de un sobrino á quien amaba entrañablemente, y de la mayor parte de sus soldados. Habiendo llegado casi solo á la playa halló sus naves ocupadas ya por los arqueros de Mauny; mas sin embargo, pudo hacerse al mar juntamente con algunos de sus compañeros en una barquichuela. No desesperó Mauny de poder darle alcance: seguiale obstinadamente al través de las olas, pero la barquichuela hirió todos los esfuerzos de los perseguidores, hasta que tocando en el puerto de Rhedon pudieron los fugitivos saltar á tierra y emprender de nuevo la fuga en unos malos caballos que les fue dado proporcionarse. A esta circunstancia debieron su salvación, pues apenas habian don Luis y sus compañeros puesto los pies en tierra, cuando el incansable Mauny estaba ya desembarcado, poniéndose en persecución de ellos hasta que tropezó con las murallas de Rennes, en cuya plaza se metió el caballero español llevando en pos de sí la fama de ser uno de los mejores capitanes é intrépidos soldados de su siglo.

Mauny volvió á embarcarse para regresar á Hennebon; pero el viento contrario le obligó á guarecerse cerca de La-Roche-Prion: «Señores, dijo un dia Mauny á sus amigos, aunque es cierto que me hallo cansado, aun iría muy gustoso á sitiá esa fortaleza, si hubiera quien me acompañase.» Los caballeros contestaron: «No repare en eso vuestro valor; nosotros os seguiremos hasta la muerte.» Gerardo de Maulain que defendía la plaza sostuvo el asalto, é hirió gravemente á Juan Bouteiller y á Mateo Dufresnoy que eran de los que mas se habian distinguido en Quimperlé.

Gerardo de Maulain tenia un hermano, Renato de Maulain, gobernador de otro pequeño castillo llamado Favet, situado á una legua de aquel punto. Noticioso Renato de lo que pasaba en La-Roche-Prion salió con cuarenta hombres á socorrer á su hermano, y habiéndose encontrado con los caballeros heridos se apoderó de ellos y corrió á encerrarlos en su fortaleza. Mauny tuvo que levantar el sitio para ir á rescatar á sus amigos. Ardiendo en deseos de conseguirlo sitió á Favet y se empeñó en nuevos combates; pero temiendo ser en vuelto por los refuerzos que Gerardo enviaba desde La-Roche-Prion á su hermano Renato, no tuvo mas remedio que levantar el sitio y ponerse en retirada. De paso ve otra pequeña fortaleza en medio de un bosque, la ataca, la toma por asalto y regresa á Hennebon á reunirse con la condesa de Montfort, que le obsequió, besó y abrazó en premio de su gran valor.

Entre tanto Carlos de Blois, despues de haberse apoderado de Aurai, Vannes y Carhaix, sintió nuevamente su rival en Hennebon. Esta plaza se habia ya guarnecido con nuevas fortificaciones, y los habitantes se burlaban ya de las máquinas que tanto miedo les habia dado al principio. A cada piedra que las máquinas lanzaban respondían los sitiados con alegre gritería; diciendo entre otras cosas: «Id á buscar vuestros compañeros, los que reposan en los campos de Quimperlé.

Semejantes insultos irritaban profundamente á don

Luis de la Cerda que mal curado aun de sus heridas habia venido á unirse con Carlos de Blois. El amargo recuerdo de la pérdida de su sobrino acababa de encontrar su natural irascibilidad, por lo cual habiendo hecho firme propósito de vengarse, suplicó á Carlos de Blois que por única recompensa de sus servicios le otorgase el don que iba á pedirle. Carlos cuyo carácter humano y cuya virtud le han hecho considerar como santo despues de su muerte, aborrecia la guerra, y aunque naturalmente era intrépido no lo hacia sino impulsado por la ambición de su esposa, no pudo por lo tanto imaginarse la recompensa que don Luis iba á pedirle, y empeñó imprudentemente palabra de concedérsela.

Entonces el demandante le dijo: «*Ruegoos que hagais venir cuanto antes los dos caballeros que están prisioneros en vuestro castillo de Favet, esto es, Juan Bouteiller y Huberto Dufresnoy, entregándomelos para que pueda tratarlos segun se me antoje. Este es el don que os pido. Ellos fueron causa de que yo tuviera que huir derrotado y herido, ellos dieron muerte á mi querido sobrino don Alfonso. Por mi parte prometo no vengarme de otro modo que mandando cortarles la cabeza delante de sus compañeros que están encerrados en esos muros.*»

Carlos, que al parecer habia quedado muy sorprendido de semejante demanda, contestó: «*Ciertamente no puedo ya negaros los prisioneros; pero os advierto que cometeréis un acto de gran crueldad y oprobio si quitais de esa manera la vida á esos dos valientes, y ademas dareis motivo de hacer lo mismo á los enemigos cuando alguno de nuestros leales caiga en sus manos; pues nadie puede hoy decir lo que mañana podrá suceder. Por lo cual mi querido señor y primo os ruego que tengais á bien mudar de propósito.*»

Don Luis declaró que de no cumplir Carlos su palabra abandonaria al momento su servicio. La palabra de un caballero era inviolable, no hubo pues mas remedio que enviar á buscar los dos prisioneros: hizo-los llevar á su tienda, y volvió á intentar, pero en vano, que don Luis se retrajera de su intención.

Los sitiados tuvieron noticia de cuanto habia ocurrido en el campamento francés, y Mauny se vió penetrado de dolor. En el acto reunió un consejo: los caballeros deliberan, proponen ya una cosa, ya otra, y por último no saben qué partido tomar para salvar la vida de los dos prisioneros. Mauny fue el último que usó de la palabra espresándose en estos términos: «*Compañeros, mucho será el honor que adquiriremos salvando la vida de nuestros hermanos de armas. Si sucumbimos al acometer la empresa, el rey Eduardo nos alabará y nos alabarán todos los valientes que oigan hablar de nosotros en lo sucesivo. Cumplamos, pues, con nuestro deber, pues muy justo es aventurar la vida por salvar la de tan denodados caballeros.*» En seguida manifestó su plan y todos juraron empeñarse en llevarlo á cabo.

Determinóse que parte de la guarnición mandada por Amaury de Elisson atacase de frente el campamento de los franceses, en tanto que Mauny con una columna de hombres escogidos caería por retaguardia sobre las tiendas del duque de Bretaña, y rescataría los dos prisioneros. Llega el momento de la ejecución. Abrese la puerta principal de la ciudad, y con gran algazara y estrépito de instrumentos militares se lanza Elisson contra los sitiadores: éstos reúnen todas sus fuerzas y aceptan el combate. En tanto Mauny sale al campo por una puerta secreta, flanquea el sitio del combate y se precipita sobre los pabellones de Carlos de Blois, poniendo en precipitada fuga á los pocos escuderos encargados de su custodia. Mauny registra por todas partes, encuentra á los prisioneros: montan éstos en vigorosos corceles traídos á propósito, y á toda rienda se meten todos en la plaza

después de haber dado felizmente cima á una de las mas nobles é interesantes hazañas que la amistad, el honor y la caballería han consignado en los anales del mundo. No faltó quien supuso complicidad de Carlos de Blois en todo este suceso; pues sobre la virtud recaen tan fácilmente sospechas de haber cometido una buena acción, como se sospecha que el vicio sea el autor del crimen.

SUMARIO.

La condesa de Montfort envia embajadores pidiendo nuevos auxilios á Inglaterra, á tiempo que Eduardo estaba ocupado en la guerra de Escocia.—Carácter y costumbres de los escoceses.—Roberto de Artois se presenta en Bretaña á defender á la condesa de Montfort.—Es herido en la ciudad de Vannes después de haberse apoderado de ella, y va á morir á Londres.—Desembarca Eduardo en las costas de Morbihan.—Suspension de armas convertida en tregua.—Rómese al punto la tregua á pesar de haber sido ajustada por tres años.—Torneo con motivo del casamiento del segundo hijo de Felipe de Balois.—Clisson y otros diez caballeros bretones son condenados á muerte por sospechas de traición.

FRAGMENTOS.

AMORES DE EDUARDO III Y LA CONDESA DE SALISBURY.

Aun no se habia visto caer sobre el cadalso la sangre de la nobleza, sangre que, andando el tiempo, Luis XI y el cardenal de Richelieu derramaron con profusión. Los nobles, que componian entonces como caballeros la fuerza del ejército, concibieron una aversión hácia Felipe, que solo las desgracias de éste pudieron hacer olvidar: en Crecy cerraron los ojos á la afrenta hecha á su corporación, y nada mas tuvieron presente que su propio honor y las desgracias que pesaban sobre su soberano, y sino vencieron fue porque les faltó la vida para coronar la victoria. Felipe al aplicar la ley como juez supremo sin descender á explicar los motivos, apareció como un tirano, cuando en realidad, según la legislación de aquel tiempo, nada mas era que un monarca severo. En la actualidad solo los tribunales pueden quitar la vida á los reos, y el rey de Francia solo se ha reservado para semejantes casos el derecho de conceder el perdón.

Un marido ultrajado fue, como en tiempos de la antigua Roma, el motivo de un trágico suceso. El rey de Inglaterra habia casado á Guillermo Montagu que posteriormente fue conde de Salisbury, con Catalina ó Alix, hija de lord Granfton, una de las mas hermosas mujeres de su tiempo. Es de presumir que Eduardo quedó desde aquel punto enamorado de la belleza de Alix, si se tiene presente el principio del poema del Voto de la garza real: «Eduardo no pensaba en combates, estaba con la cabeza inclinada ocupado en pensamientos de amores.» No tardó Eduardo en distraerle con la atención que tuvo que poner en la guerra: su naciente pasión estaba ya casi extinguida cuando un acontecimiento vino á darle nuevo estímulo.

Los escoceses habian invadido el Norte de Inglaterra. Aventureros de Suecia y Noruega, los pequeños príncipes de las Hibridas y las Orcades, y los highlanders, acudidos por el rey David Bruce, asolaron las llanuras, insultaron á Newcastle, y tomaron á Durham por asalto.

Habiendo Eduardo tenido noticia de semejantes sucesos por medio de Juan de Neville, que se habia podido fugar de Newcastle, mandó tomar las armas á todos sus vasallos desde la edad de quince años hasta la de sesenta, y que vinieran á reunirseles sobre las fronteras de Yorkshire. David, después de haber saqueado á Durham, siguió á lo largo del rio de Thyne hácia el país de Gales, y se aproximó al castillo de Salisbury. Esta fortaleza habia sido dada en premio de sus servicios á Montagu, que en aquellos momen-

tos se hallaba prisionero en Francia. Su esposa estaba encerrada en el recinto de este castillo, confiado á la custodia de Guillermo de Montagu, sobrino de su marido.

Habiendo los escoceses pasado una noche al pie de sus muros, emprendieron al día siguiente la marcha sin haberlo hostilizado; pero el joven Montagu hizo una salida con cuarenta caballos, cayó sobre la retaguardia, mató é hirió mas de doscientos hombres; se apoderó de mas de ciento veinte acémilas cargadas con el botín que acababan de hacer en Durham, lo metió en su castillo y levantó los puentes. El ejército entonces retrocedió hácia el castillo é intentó darle asalto; pero fue rechazado. Como la noche estaba ya cercana, David mandó suspender el ataque hasta el día siguiente. «Entonces fue cuando pudo verse á los escoceses prepararse, agitarse y buscar un pedazo de tierra donde pasar la noche. Vióse tambien á los sitiadores retirarse, conducir y curar á los heridos y reunir los muertos.» Al día siguiente principió con nueva furia el asalto. «Allí estaba la condesa de Salisbury, tenida por la mas bella é ilustrada de todo el reino de Inglaterra. Esta señora inspiraba mucho aliento á los sitiados, y claro está que un hombre favorecido con la mirada de una tal dama, é instigado por sus dulces palabras, debe valer por dos en caso de necesidad.» No habiendo producido este segundo asalto mejores resultados que el primero, volvieron los escoceses á retirarse al caer del día para repetir un nuevo esfuerzo al despuntar la aurora.

Sin embargo, los sitiados llenos de alarmas y abrumados de cansancio y heridas empezaron á desmayar. Montagu reunió sus caballeros á fin de tomar una determinación: sabia, por lo que habian dicho los prisioneros, que Eduardo habia llegado á Warwick, consideraba conveniente darle aviso de su apurada situación, pero ¿quién podia atreverse á salir del castillo? Todas las avenidas estaban perfectamente guardadas, y ademas todos los caballeros preferian sepultarse en las ruinas del castillo antes que abandonar á la condesa, por cuyo hermoso rostro caian abundantes lágrimas que les quitaban la resolución de separarse de ella ni un solo momento.

Entonces el denodado joven dijo á sus compañeros: «Señores, veo y comprendo vuestra leal determinación. Quiero por lo tanto no mostrarme inferior á vuestro celo, y así digo que por amor de esta señora y vuestro, acometeré personalmente la aventura, y me encargaré de llevar el mensaje.» Mucha fue la alegría que tales palabras causaron á la señora y á todos los caballeros.

Montagu hizo sus preparativos, salió solo á media noche con el mayor silencio, favorecido por la abundante lluvia que estaba cayendo, y atravesó el campamento enemigo sin ser sentido.

Estaba ya lejos del castillo, cuando al nacer la aurora se encontró con dos soldados escoceses que conducian dos bueyes y una vaca, mató las reses é hirió á los conductores, diciéndoles: «Os dejo con la vida para que vayais á decir á vuestro rey que Guillermo de Montagu ha atravesado su campamento y que va á buscar al rey de Inglaterra Warwick.» Bruce no tuvo por conveniente esperar á Eduardo, levantó el sitio y emprendió la retirada.

Eduardo llegó al medio día al mismo sitio de donde los escoceses acababan de levantar el campamento. Bien podria tal vez atribuirse la estremada rapidez que empleó en la marcha al estímulo de una pasión mal apagada, y al violento deseo de poder ser útil á la hermosa dama que no habia vuelto á ver desde que la casó con Salisbury.

Así que la condesa vió venir al rey mandó abrir todas las puertas del castillo, y se presentó tan rica y elegantemente ataviada que arrebató el corazón de cuantos la miraban. No podia cansarse de mi-

rar y remirar tanta hermosura y tan donoso ademán hermanado con tanta nobleza, ni de oír el delicioso acento de sus palabras. Al llegar junto al monarca, dobló la rodilla para darle gracias del socorro que acababa de recibir, y luego lo condujo al castillo para obsequiarlo y honrarlo. No podia el monarca reprim-

mir sus miradas, y allá en el fondo de su corazón protestaba no haber nunca visto belleza que con aquella noble dama pudiera compararse. Tan profunda fue la herida que el amor hizo en el pecho del monarca, que el tiempo apenas tuvo poder para cicatrizarla. Entraron mano á mano en el castillo, y



JUANA DE MONFORT DESCUBRIENDO LA ARMADA INGLESA.

después de haberse detenido un instante en el salón de recibimiento, pasó el rey juntamente con la condesa al aposento que le estaba preparado con una elegancia digna de la noble castellana. Siguió Eduardo fijando ávidamente sus ojos en la condesa hasta el punto que esta empezó á ruborizarse, y entonces el monarca se retiró á una ventana y quedó al parecer sumergido en meditaciones.

La condesa después de haber salido del aposento á dar disposiciones para los obsequios que preparaba,

volvió al lado del monarca y lo encontró ocupado todavía en sus meditaciones, que en concepto suyo debían atribuirse al sentimiento de no haber alcanzado al enemigo, y partiendo de este principio trató de darle consuelo: «¡Ah! querida señora, dijo Eduardo, otra cosa me afecta y me hiere en el corazón. El dulce ademán, la discreción, la gracia, la singular nobleza y la hermosura que he encontrado en vos, me han admirado tanto, que ya no me es posible pasar sin vuestro amor.» La dama contestó: ¡Ah!

querido señor, no queráis burlaros de mí, ni ponerme en peligro. No podría resolverme á creer que tan noble y generoso monarca hubiese pensado en deshonrar ni á mí, ni á mi esposo, que es tan bizarro caballero, que tanto os ha servido, y que por causa vuestra se halla actualmente prisionero.»

Cuando anunciaron que la mesa estaba servida, el rey se lavó, tomó asiento entre sus caballeros y se pudo notar que comió muy poco y estuvo dominado de sus pensamientos. Acabado el banquete se retiró á su aposento. Pasó la noche en continua agitación pareciéndole por una parte muy odioso el tratar de engañar á un noble que con tanta lealtad le había servido, y por otra (no pudiendo apenas resistir al impulso de un amor, cuya violencia le ponía en el caso de no olvidarse de todo honor y toda lealtad.) Sin embargo, al día siguiente se despidió de la condesa, rogándole no tomara ninguna determinación contra él, y ella le contestó suplicando echara en olvido los manifestados desiguos.

De allí á poco tiempo pudo el conde de Salisbury cangearse por el conde de Moray, escocés, y volvió á Inglaterra. Como nada sabía acerca de la pasión del rey, que aun no había estallado, vivía tranquilo, porque como el rey mantenía oculta su pasión no le había inspirado ningún motivo de recelo. Al volver á Londres Eduardo mandó publicar un torneo con la esperanza de atraer á la condesa, invitando al conde á presentar su esposa en la corte; Salisbury prometió hacerlo. Ya habéis comprendido, dice el historiador que tan donosamente refiere esta aventura, «que el rey de Inglaterra ardía en amor de la bella y noble señora Alix, condesa de Salisbury. Amor le estaba continuamente atizando de día y de noche, y le representaba con tal viveza la beldad y poderosos atractivos de aquella dama, que le privaba de toda razón y no le dejaba apartar de ella el pensamiento.» Por su parte la condesa no se atrevió á rehusar el convite de asistir al torneo, por temor de inspirar algún recelo á su marido por lo tocante á las intenciones del rey. Las fiestas duraron quince días y en ellas brilló personalmente el monarca inglés, distinguiéndose también Guillermo II, conde de Hainaut; su tío Juan de Hainaut, Roberto de Artois, los condes Derby, Salisbury, Gloucester, Warwick, Cornouailles, Suffolk y otra porción de caballeros. Las fiestas escedieron á cuanto hasta aquella época se había visto, sin tener que lamentarse mas desgracia que la muerte del hijo mayor del conde de Beaumont, ocurrida durante el último combate en la barrera. Alix apareció vestida con estremada sencillez en medio de las damas cargadas de adornos, y esa circunstancia dió nuevos quilates á su hermosura, de manera que habiéndose propuesto sofocar con semejante modestia la pasión del rey, no hizo mas que darle nuevo pábulo.

Créese que en uno de los bailes dados durante estas fiestas, fue cuando habiéndosele caído á la condesa la cinta azul con que sostenía las elegantes medias que en aquella época se estilaban, Eduardo la recogió con tal viveza, que reparando la sonrisa que había causado á los cortesanos, se volvió hácia ellos diciendo: *Confundido sea quien piense mal.* De allí á pocas años el rey mandó recomponer el palacio de Windsor «que el rey Artus había erigido en tiempos pasados en el sitio donde tuvo principio la noble tabla redonda, origen de tan denodados caballeros que llenaron el mundo con la gloria de sus proezas.»

El espíritu romancesco y la ignorancia de la época autorizando esas fábulas, dieron lugar á creer que Windsor era el punto mas á propósito para servir de centro á la orden de Caballería que Eduardo quería instituir en testimonio de su pasión: mandó, pues, edificar una capilla dedicada á San Jorge y creó el orden de la Liga (Jarretiere), que en concepto de sus caballeros pareció una institución muy honrosa, en

la cual todo amor venia á refundirse, y ha llegado á nuestros tiempos siendo una de las cinco grandes órdenes europeas. El frágil monumento de la galantería de un rey de Inglaterra, ha resistido á todas las tempestades que han conmovido el trono británico. El mismo Comwell tuvo por un momento intenciones de vender la triste celebridad que ha legado á la historia por el honor de llevar una cinta desprendida de la rodilla de una mujer. ¿Qué serán, pues, las cosas mas graves de la historia, la fe de los altares, la santidad de costumbres, la dignidad del hombre; la independencia y hasta la misma civilización si su existencia ha de ser mas precaria que los estatutos de la vanidad y las ordenanzas de fruslería? No figuraron en la remota antigüedad las mujeres en los fastos de las naciones sino como esposas, como madres ó como hijas; hizo tomar muy poca parte á la sociedad en las debilidades que el cristianismo patentizaba como tales: ni siquiera noticia tuvo la antigüedad de esas pomposas escenas domésticas de la aristocracia de la Edad Media que duraron hasta que el pueblo reivindicó su libertad.

Acúsase á Eduardo de no haber satisfecho su pasión sino por medio de la violencia, pero esto no bastó para que el conde de Salisbury no creyese culpable á su esposa. Elisson y los señores bretones que habían sido decapitados, estaban en relaciones secretas con la condesa de Montfor y el rey de Inglaterra. En testimonio de su fe, habían enviado sus sellos á Eduardo, y éste se los había dado á guardar á Salisbury. El conde, aprovechándose de esta oportunidad para tomar venganza del rapto ó seductor de su esposa, enseñó los sellos á Felipe, y éste mandó decapitar á los traidores. Otra prueba mas palpable de la influencia de aquellos señores bretones, es el sentimiento que su suplicio causó al monarca inglés. Si hubiese Elisson permanecido siempre leal al partido del conde de Blois y de la Francia, ¿qué motivo había para que Eduardo se manifestara tan conmovido por su muerte? Llegó hasta el caso de escribir al papa quejándose de aquel suceso y calificando á los decapitados de nobles adictos á su persona. Intentó reparar una sentencia arbitraria por medio de una guerra injusta, y se declaró vengador de personas que no habían sido súbditos suyos, y trató de deshacer un agravio, que no era de su competencia.

SUMARIO.

Gofredo de Harecourt, despues de una desavenencia con el mariscal de Briquetet pasa á Inglaterra, y rinde homenaje á Eduardo, como rey de Francia, por las tierras que dicho Gofredo poseía en Normandía.—Retrato de Gofredo, hombre de mediana capacidad elevado por la suerte.—Felipe, al verse rodeado de traidores, se vuelve sombrío y cruel.—Hace alianza con el rey de Castilla.—Juan de Hainaut, conde de Reaumont, vuelve al partido de Felipe.—Nuevas contribuciones, gabelas.—Estado de la hacienda durante la tercera raza, desde Hugo Capeto hasta Felipe de Valois.—La historia ha conservado el nombre de los caudillos de varias conmociones populares entre los apellidos mas ilustres de la caballería, como para que se vean las lágrimas del pueblo al través de la gloria de las armas.—Eduardo pide y obtiene socorros pecuniarios de su parlamento mediante algunas concesiones: sistema de subsidios favorable á la Inglaterra y funesto á la Francia, y que contribuye á la libertad de un pueblo y á la servidumbre del otro.—Hostilidades en Guinea.—Toma de Aiguillon por los ingleses.—Gualtiero de Maury encuentra la tumba de su padre en la Reole.—Proeza de Agos en el castillo de esa ciudad.—Renúevanse las hostilidades en Bretaña.—Quimper es tomado por asalto.—No cesa la matanza hasta que encuentra un niño adherido al pecho de su pobre madre difunta.—Muerte del conde de Montfort.—Su retrato.—No se mestró inferior á su fortuna, pero ésta le faltó, y su gloria aparece oscurecida por la de su mujer.—Acontecimiento de Flandes.

FRAGMENTOS.

CAIDA DE ARTAVELLE.

Artavelle gastado en las turbulencias populares, can-

sado tal vez de sus orgias democráticas, que no le ofrecían mas encanto que la novedad, no habiendo tomado parte en ellas por el convencimiento de una opinion arraigada, sino por satisfacer mezuquinos celos plebeyos, Artavelle, decimos, no tenia ya otro pensamiento que poner en salvo sus tesoros. Tal vez habria podido preguntar á sus hijos: «¿Huele á sangre este oro?» Asi como Vespasiano preguntaba á Tito si la moneda que le presentaban oía á la contribucion de donde habia salido. Mas para poderse reir en paz de las victimas que habia hecho y del pueblo que habia engañado, era preciso que Artavelle cambiase de posicion. Dos eran los partidos que podia tomar: ó bien apoderarse del poder supremo, ó bien descender de su trono tribunicio y confundirse entre la multitud. Para lo primero se necesitaba un talento que Artavelle no tenia, al paso que le faltaba tambien valor para adoptar el segundo estremo. Poca era la seguridad que podia ofrecerle la abdicacion del crimen; esa corona deja para siempre señales en la frente que ha ceñido; no hay mas remedio que sufrir la terrible legitimidad.

No resolviéndose, pues, á seguir ninguno de esos dos caminos, recurrió á un expediente que puso de manifiesto toda la vulgaridad que habia en la naturaleza de aquel hombre; despues de haber desencadenado las masas, pensó en sujetarlas á un nuevo dueño, pero no al antiguo soberano, porque á este lo aborrecia y sospechaba que nunca podia perdonarle sus agravios. Acontece frecuentemente que un déspota popular, despues de haber entregado á todos los excesos de la libertad, se guarece bajo el yugo de otro tirano con tal que este sea de su gusto y haya participado de sus excesos. Artavelle fijó la atencion en Eduardo que habia influido en todas sus maquinaciones, y dado mano y aprobacion á todos sus desmanes. Cuanto mas innoble era para un monarca, segun el espíritu de aquella época, el haber sido aliado de un fabricante de cerveza dándole inequívocas señales de su aprecio, tanto mas comprometido estaba á entrar de lleno en los planes de este Artavelle. Proyectó pues hacer al príncipe de Gales, duque de los flamencos, asi como habia hecho á Eduardo rey de los franceses.

Para tratar de este asunto, Eduardo desembarcó en el puerto de Ecluse á mediados de junio del 1345, trayendo en su compañía á su hijo y muchos barones y caballeros. A este punto acudieron los diputados de Flandes con Artavelle, que nada les habia dicho acerca del asunto que motivaba aquella entrevista. Reunieronse á bordo del buque de guerra que montaba Eduardo, y Artavelle propuso sin rodeos que se desheredara al conde Luis de Flandes, y á su joven hijo Luis, dándole el condado de Flandes con el nombre de ducado al príncipe de Gales.

Hay en el corazon humano un fondo de justicia que se manifiesta siempre que las pasiones no se hallan en agitación. En el momento á que nos referimos, los diputados de Flandes conservaban su sangre fria y no pudieron menos de indignarse al oír aquella proposición que ofendía al espíritu de bondad de unos, y al carácter de lealtad de otros. Contestaron, pues, unánimemente que no podían tomar sobre si la responsabilidad de un asunto tan grave, que andando el tiempo, podria afectar los intereses de su país, y que era preciso consultar el parecer de sus representados. Dicho esto se retiraron.

Al dejar Artavelle que los diputados se le anticiparan en llegar á Gante, cometió una de aquellas faltas que deciden de la suerte de un hombre: si hubiese hablado antes que ellos, tal vez habria podido captarse el voto de los ciudadanos; pero su prestigio aun entre estos habia empezado ya á decaer. Sobre las ruinas de la pasada fortuna de Artavelle, iba descollando un rival peligroso, Gerardo Dionisio, presidente del gremio de los tejedores. Este nuevo tribuno, sea que estuviese seducido por el oro de Francia, sea que su natural

inclinacion no le dejara adoptar sino ideas generosas, ó sea por espíritu de oposicion, se manifestaba constantemente de parecer contrario á lo que Artavelle proponia. No se le habia ocultado á este último la importancia de aquella rivalidad, y estaba ya decidido á deshacerse de quien la promovía.

Llegados que fueron á Gante los diputados, convocaron el pueblo en la plaza del mercado, para dar cuenta del resultado de las conferencias con Eduardo. El pueblo, tan impetuoso para el bien como para el mal, manifestó su disgusto con sordos murmullos, en medio de los cuales tomó Gerardo Dionisio la palabra para decir:

«Honrados ciudadanos, hasta el presente hemos combatido por nuestras franquicias: Artavelle, que se ha llamado defensor de ellas, os propone en este momento sacrificarlas. Reparad que sino dejamos de ser libres, todo va á convertirse en acusacion nuestra. ¿Cómo nos justificaremos? ¿Qué habrán producido nuestras sangrientas discordias? ¿Crímenes! ¿Cadenas! Ese hombre que os seducia, quiere entregarnos á la Inglaterra. ¿Por ventura, si deseamos tener un rey, no hay en el país uno oriundo de nuestra propia sangre, educado entre nosotros, á quien conocemos, y de quien somos conocidos, que habla nuestro idioma, por cuya vida hemos rogado al cielo, cuyo nombre es tan sabido de nuestros hijos, como el de sus propios vecinos, y cuyos padres vivieron y murieron en compañía de los nuestros? ¿Acaso porque hemos reducido nuestros antiguos condes á ser unos viajeros será nuestro país un patrimonio venal que deba pasar á ser herencia de los ingleses? ¡Ah! Por Dios, si deseamos un rey, no vayamos á cometer la felonía de desheredar á nuestro señor natural para dar su lecho al primer camarada que se le antoje pedirlo.»

A estas palabras, Dionisio y sus compañeros añadieron todo lo que juzgaron oportuno para producir una súbita emocion en el pueblo, sin olvidarse de hacer presente que durante los diez años que Artavelle venia gobernando la Flandes, habia acumulado un tesoro, procedente tanto de ilegalidades, como de exacciones violentas. Ese amor del dinero, tan natural en las almas vulgares, fue causa de la ruina de Artavelle.

Habiéndose despedido de Eduardo en el mismo puesto donde lo habia recibido, pasó Artavelle á Brujes, y de allí á Iprés, cuya poblacion se mostró favorable á sus designios. De allí regresó á Gante. Al pasar por las calles, acompañado de sus amigos y de la guardia extranjera que Eduardo le habia dado, conoció que se estaba tramando alguna cosa contra él: pues los que tenían costumbre de saludarle, le volvían la espalda y se metían en sus casas. El pueblo murmuraba y decía: «He ahí al que se cree mas que soberano; pues quiere disponer á su gusto del condado de Flandes.» Al llegar á su casa, no se descuidó Artavelle en tomar precauciones, pues como buen conocedor que era del pueblo, no se le pudieron ocultar los signos precursores de la tempestad. Apenas habia mandado atrancar las puertas y ventanas, cuando se sublevó todo el barrio, y principieron á asaltar la casa del cervecero. No fue el tumulto bastante para que los criados de Artavelle, dando un raro ejemplo de fidelidad, desistieran de defenderlo; mas á pesar de haber muerto y herido á varios de los agresores, las puertas fueron violadas y la multitud penetró en la casa dando alaridos de furor. Entonces el cervecero se presentó en una ventana con la cabeza desnuda y en actitud suplicante. «¿Qué pedís, buenas gentes, les dijo? ¿Qué causa os mueve? ¿Por qué estais tan airados contra mí? ¿En qué os he ofendido?—¿Dónde están los tesoros de Flandes? gritaron los amotinados.—Nada de ellos he tomado, dijo Artavelle. Volved mañana y os satisfaré.—No, no os escapareis con esa estratagema. Habis enviado los tesoros á Inglaterra, y por ese delito no

teneis mas remedio que morir.» Al oír esta terrible amenaza, el cervicero juntó las manos, y derramando lágrimas exclamó: «No soy mas que una hechura vuestra, señores. Al elevarme jurasteis defenderme contra todo viviente; y ahora pretendéis quitarme la vida sin ningún motivo. Recordad el tiempo pasado: tened presente mis finezas. Os he gobernado en paz profunda; todo lo que habeis deseado, trigo, avena, mercancías, todo lo habeis tenido con abundancia... ¿Queréis darme tan injusta recompensa por los beneficios que he podido hacer?»

Ni lágrimas, ni palabras, calmaron al pueblo. Una voz terrible se elevó diciendo: «Bajad, bajad á hablar con nosotros. ¿Para qué nos estais predicando desde tan alto?» Artavelle comprendió que esta voz pronunciaba su sentencia de muerte. Cerró la ventana y trató de salir por una puerta secreta para refugiarse en un templo inmediato; esperando hallar asilo á los pies de aquel cuya misericordia no es pasajera como la de los hombres. Mas ya el edificio estaba lleno de sublevados, que habiéndose precipitado sobre el triste cervicero, lo hicieron pedazos. Gerardo Dionisio fue el primero que le dió el golpe de muerte, aquel Gerardo, que aunque al parecer obraba impelido por una buena causa, no valia tal vez tanto como su víctima. Siendo el pueblo en las repúblicas legislador, juez y soberano puede dictar la ley, pronunciar la sentencia y ejecutarla; semejante acto, ejecutado por la democracia podrá ser inícuo, pero no ilegal. Artavelle habia establecido esa fórmula de gobierno.

Eduardo supo en Ecluse el trágico fin de aquel, que segun Froissart, «era su gran amigo y querido compañero.» En vista de este suceso, dirigió el rumbo hacia Inglaterra; amenazando la Flandes, y declarándose como siempre, vengador de la muerte de los traidores. En realidad Eduardo no tenia mas ganas de enemistarse con los flamencos, que los flamencos con Eduardo. Una diputacion de estos últimos pasó á Londres y habló al rey en los términos siguientes: «Querido señor, el cielo os ha dado hermosos hijos é hijas.» El príncipe de Gales no puede menos de ser un gran potentado sin necesitar de la herencia de Flandes. «Vos teneis una hermosa hija, y nosotros un gallardo doncel criado y educado entre nosotros, y que es el legítimo heredero de Flandes. Tal vez podria reemplazarse un enlace entre esos dos jóvenes!» Estas palabras dulcificaron el aparente dolor del rey de Inglaterra, y la memoria de Artavelle cayó en profundo olvido, como sucede con la de todos aquellos cuya reputacion no estriva en el talento ó en la virtud.

SUMARIO.

Juan, duque de Normandía, hijo mayor del rey, marcha á Guyena, y despues de haberse apoderado de Angulema, pone sitio á Aiguillon con mas de cien mil hombres.—Resistencia de los sitiados mandados por el conde de Derby.

FRAGMENTOS.

INVASION DE LA FRANCIA POR EDUARDO.

Fatales fueron las consecuencias de aquel asedio; pues ellas fueron las que alentaron á Eduardo á pasar á Francia y privaron á Felipe de cien mil combatientes que habrian podido tomar parte en la batalla de Crecy. Todo venia encaminado con arreglo á los designios de la Providencia. El grave historiador que mas á fondo ha conocido las antigüedades de la Francia se espresa en estos términos: «Las calamidades que cayeron sobre esta nacion y las grandes victorias del rey Eduardo no deben servir de testimonio de la justicia de sus pretensiones, sino del castigo que Dios impuso á los vicios de los franceses. La restitution de las pérdidas y la conservacion del Estado manifiestan que este no llegó á su completa ruina.»

El duque de Normandía habia jurado no abandonar el sitio de Aiguillon, no siendo llamado por su padre, hasta tomar la plaza. Despachó al condestable de Eu y Tancarville para que dieran cuenta á Felipe de la resistencia que aquella ciudad le oponia. Felipe mandó permanecer á su lado á esos dos enviados, y contestó á su hijo que no desistiera del asedio hasta que obligara á la plaza á rendirse por hambre, ya que no era posible tomarla por asalto.

En tanto el rey de Inglaterra, teniendo noticia de lo que ocurría en Guéna, se preparaba á socorrer en persona al conde de Derby. Con este objeto reunió en el puerto de Southampton mil naves, cuatro mil hombres de armas, diez mil arqueros y diez y seis mil hombres de infantería ligera, de los cuales diez mil eran del pais de Gales y los restantes irlandeses. Dejó encomendado el cuidado del reino á los arzobispos de Cantorbery y de York, á los obispos de Lincoln y de Durham, y á los señores de Percy y de Neville, y encargó la custodia particular de la reina á su primo el conde de Kent. Habiendo soplado el viento favorable, Eduardo se hizo á la vela á fines de julio de 1346 con toda su escuadra en direccion de las costas de Gasconia.

En el mismo buque que montaba el monarca, iban Gofredo de Harcourt, y el joven príncipe de Gales, que rayaba en los quince años de edad. En el mismo buque figuraban los condes de Hereford, de Northampton, de Arundel, de Cornouailles, de Warwick, de Huntingdon, de Suffolk y de Oxford; los barones y caballeros Juan Luis y Roger de Beauchamp, Renauld y Bobham y los señores Mortimer de Mowbray de Boss, de Lucy, de Folton, de Bradestan de Moulton, de Man, de Basset, de Berkley y de Villoughby, acompañados de otros guerreros que en lo sucesivo adquirieron celebridad por sus hechos de armas como Juan Chaudos, Fitz Warren, Pedro y James de Andelau, Rogero de Wetkevalle, Barthelemy de Burghers, y Ricardo de Sembridge. Tambien es preciso hacer mencion de algunos extranjeros como Oulphart de Ghistelle del pais de Hainaut y cinco ó seis caballeros alemanes.

Durante los dos primeros días, la escuadra navegó con bonanza hacia el puerto á que se dirigian: si hubiesen entrado en la Gironda, su empresa habria fracasado, pero Dios habia dispuesto lo contrario. Aquel que tiene imperio sobre las olas, mandó replegar las alas al viento que al parecer encaminaba tan favorablemente á la escuadra, y dispuso que fuera impelida por otro que la impelió violentamente hacia Cornouailles, en cuyo puerto anclaron. Eduardo pedía con impaciencia al cielo la reaparicion de la primera brisa, ignorando que la tempestad á cuyo impulso ondeaba entonces su pabellon, era la que le ponía en camino de la victoria.

Ya hemos dicho que Gofredo de Harcourt era uno de los que le acompañaban al monarca en la *navo real*. Este nunca fue de opinion que se atacara á la Francia por el lado de Guyena, demasiado distante del punto céntrico de la nacion, y defendido, como provincia fronteriza, por una multitud de fortalezas. No parece sino que á este traidor le habia dejado entrever al cielo alguna parte del plan de sus iras; nada hay mas inteligente que la venganza y el odio. Cuando vió Harcourt que la flota era rechazada hacia las costas de Inglaterra, se aprovechó de esta circunstancia para hacer variar á Eduardo de resolucion: «Señor, le dijo, constantemente os he aconsejado que tomárais tierra en Normandía, y ahora vuelvo á insistir en mi propósito. Nadie se opondrá á vuestro desembarque, porque hace ya tiempo que los pueblos que habitan esa costa, carecen de armas, y nunca se han hallado en los trances de la guerra. Toda la nobleza de ese pais ha ido á tomar parte en el asedio de Aiguillon. Por consiguiente,

nadie se opondrá á vuestro paso, y ademas encontrareis muchas ciudades abiertas, donde vuestros soldados podrán enriquecerse para veinte años. Ruégoos, por lo tanto, que no os desdeñeis de oír mi consejo, de cuyo buen resultado salgo garante con mi cabeza.»

El rey se inclinó á seguir este consejo, mandó levar áncoras, puso su buque al frente de la escuadra, y volvió la proa hacia Normandía. De esta repentina variacion nacieron calamidades que se prolongaron por espacio de cien años.

Los franceses, que tantas veces habian desolado playas extranjeras, iban á su vez á sentir las abominaciones de la conquista. Desde la invasion de los normandos no habia la Francia visto enemigos en su seno; un normando volvía á traérselos al cabo de cuatro siglos. Los mil buques ingleses aparecieron delante de Hogue-Saint-Wasst en Corentin. Eduardo, armado de pies á cabeza, y rodeado de sus caballeros, apareció sobre la cubierta de la nave capitana tremolando el estandarte de Inglaterra, que en aquella época era blanco, así como el de Francia era encarnado. Sin resistencia de ningún género, como Harcourt se lo habia predicho, desembarcó en el puerto de Hogue, el día 12 de julio de 1346. Cerca del cabo de ese mismo nombre derramaron franceses su sangre durante el reinado de Luis XIV, por volver á colocar á un monarca inglés en el trono de sus padres.

La tierra de San Salvador, que pertenecía á Gofredo de Harcourt, se estendia hasta el puerto de Hogue, de manera que Gofredo vió desde los buques ingleses el lugar de su nacimiento y las localidades llenas de los recuerdos de su juventud. Al indicar á Eduardo el pais que iban á desolar, pudiera haberle dicho: «Aquella es la torre de la iglesia donde recibí el bautismo: en el torreón de aquel edificio feudal pasé los primeros años de mi vida: allí vuestros soldados podrán deshonorar el lecho de mi madre, y mas allá podrán tambien si quieren arrojar al viento las cenizas de mis antepasados.»

«Cómo pudo, sin comoverse, Gofredo, al poner el pie en la playa, ver huir despavoridos sus paisanos, por los mismos caminos que conducian á su techo paterno, y por los mismos caminos testigos de sus juegos infantiles? Un historiador supone que Roma habló en estos términos á Manlio Capitolino: «Manlio, yo te considero como el mas amado de mis hijos cuando te precipitaste á los enemigos desde lo alto del Capitolio; pero ahora que desgarras mi seno, apártate de mí, maldito, y rueda por el mismo precipicio por donde precipitaste á los galos.» Con mas motivo hubiera podido la Francia con los ojos anegados en llanto y envuelta en su desgarrado manto, gritar á Gofredo de Harcourt: «¡Fleón y desleal caballero, en Crecy te espero sobre el ensangrentado cadáver de tu hermano fiel á la patria! En vano te arrepentirás: tu arrepentimiento no tendrá mas duracion que tu inocencia. Nuevamente traidor, morirás en tu perfidia, doblemente envilecido por tu crimen y por el perdon de tu rey.»

Habiendo la escuadra echado las áncoras se verificó el desembarque sobre una playa desierta, imágen de lo que iba á ser toda la nacion durante la permanencia de los ingleses. Dícese que al poner Eduardo su pie en la playa, tropezó como César al pisar el Africa ó como Guillermo el Bastardo al entrar en Inglaterra. Habiéndole hecho salir sangre de las narices, la caída, los caballeros lo tomaron por mal agüero, y llenos de sobresalto le dijeron: «Amado señor, retiraos á vuestra nave, y no volvais por hoy á tierra, pues esta casualidad debe ser considerada como un aviso.» Eduardo contestó con ademán festivo: «Aviso es ciertamente, pero de muy buen agüero, porque equivale á decirme que esta tierra me desea.» Hay palabras y aventuras que son propias de todos los

conquistadores: todos los animales de presa tienen un mismo instinto y unas mismas costumbres.

Sobre el mismo sitio donde se verificó el desembarque, armó caballero el rey de Inglaterra á su joven hijo el príncipe de Gales; podria decirse que esa tierra de Francia tiene la propiedad de inspirar heroísmo hasta á sus propios enemigos. En seguida nombró condestable al conde de Arundel y mariscales á Gofredo de Harcourt y al conde de Warwick.

El pais de Corentin forma una casi isla: Eduardo formó su ejército dividiéndolo con arreglo á la naturaleza del terreno que se proponia recorrer, en tres cuerpos; dos de éstos, es decir, las alas del ejército mandadas por los dos mariscales, marchaban apoyándose en las dos riberas del mar, en tanto que el cuerpo principal, ó sea centro de la línea, con el rey, el príncipe de Gales y el condestable, iba adelantándose y siguiendo el movimiento. Cada noche se replegaban las dos alas y cubrian los flancos de la division central. El conde Huntingdon permanecía en la escuadra con ciento veinte hombres de armas y cuatrocientos arqueros, acompañando el movimiento del ejército de tierra. Esta buena disposicion militar contribuyó á que el ejército de Eduardo, moviéndose sobre una sola y dilatada línea, pudiera irse desarrollando por el pais como un vasto semicírculo de fuego.

Nada pudo librarse ni por mar ni por tierra de la desolacion que en torno de sí iba derramando aquel monarca que se intitulaba rey de los franceses, y que pretendia establecer sobre ellos su reinado: por mar no hubo buque grande ni pequeño que dejara de ser presa de la escuadra de Eduardo, y por tierra no habia ciudad ni aldea que se librara de ser saqueada, ó tal vez reducida á ceniza. Barffleur fue la primera ciudad que sucumbió, y aunque no opuso resistencia, no por eso pudo librarse de perder en el saqueo todo el oro, plata y preciosidades que se encerraban en sus muros. Tan buena fue la cosecha de estos objetos, que los camaradas ningún caso hacian de telas «de mucho valor.» Los habitantes fueron arrebatados de la ciudad y amontonados en los buques de la escuadra. Cherbourg fue presa de las llamas: su castillo se defendió: Montebourg, Valognes y Carentan fueron completamente arrasados.

No eran menores los estragos que la division central iba haciendo por donde pasaba. «Gofredo Harcourt mandaba la vanguardia de este cuerpo, compuesta de quinientos hombres pesadamente armados y dos mil arqueros; y como buen conocedor del suelo patrio, era quien marcaba el camino. En aquella época estaba el pais rebosando en riquezas: abundaban los cereales, los ganados, y hasta los medios de conduccion. Los habitantes huían al aproximarse los ingleses hasta que no volvian á oír hablar de ellos, y dejaban abandonadas sus casas llenas de los bienes mas preciosos del mando. Así es que poco fue el trabajo que costó á los invasores el quemar, talar, saquear y robar el hermoso pais de la Normandía.» Saint-Lo, que en aquella época era notable por sus manufacturas de paño, quedó completamente arruinado, y despues de este hecho se reunieron los tres cuerpos del ejército inglés y avanzaron por las llanuras de Caen. A esta descripcion de las calamidades de la Francia, se deben los curiosos detalles de su cultura é industria en aquella época.

No faltaban en París noticias del armamento que estaban haciendo los ingleses, pero no se habia podido averiguar sobre qué punto la tempestad descargaría; no bien se supo que habia caído sobre el corazón del reino, cuando Felipe se dió prisa en enviar á Caen á los condes de Eu, condestable de Francia, y al de Tancarville que acababan de llegar del sitio de Aiguillon. Lanzáronse estos precipitadamente en la ciudad acompañados de algunos hombres de armas, y